

CAPÍTULO I

¿NO PODEMOS CONSTRUIR UNA SOCIEDAD JUSTA?

Grandes coches, grandes filetes, grandes iglesias

Cuando era un joven adulto, me gustaba la retórica revolucionaria. Se trataba más de una rebelión inmadura que de una conclusión meditada, pero con eso bastaba. En mi mente de dieciocho años tenía muchas cosas contra las que rebelarme. Había nacido y crecido en Amarillo, un lugar en las altas planicies del Saliente de Texas, ciudad de 150.000 habitantes que nos parecía tan aislada. Hay tres imágenes que captan mejor lo que es Amarillo que todo un ensayo. Al oeste está limitada por el Cadillac Ranch –diez Cadillacs plantados con el morro hacia abajo en hormigón y formando sus alerones de cola una fila– y al este por el Gran Asador de Texas, restaurante en el que puede obtener gratis un entrecot de 72 onzas* si es capaz de comerlo en una hora. Entre ambos, hay una serie de iglesias verdaderamente grandes. En cuatro manzanas del centro de Amarillo, por ejemplo, se encontraban la First Baptiste Church, la Central Church of Christ –donde iba mi mejor amigo– y la St. Mary’s Catholic Church, que, en su conjunto, contaban con más de 12.000 feligreses.

Entre estas congregaciones, que disfrutaban de un terreno para aparcar, estaba nuestra iglesia, la First Presbyterian. Era más pequeña que las otras, pero con su arquitectura cuasi gótica, piedras grises y tejado de tejas rojas, parecía como una

* [N. del T.]: Aproximadamente, 2 kilos.

iglesia con feligresía de club de campo, problema exacerbado por el hecho de que *era* una iglesia con feligresía de club de campo. Nuestra congregación escuchaba pocas mentiras como puños desde el púlpito y todavía menos verdades como puños. Era una iglesia confortable, una iglesia que pensaba que las guerras culturales eran improcedentes.

Pero las cosas cambiaron cuando entré en secundaria y caí bajo la influencia de un ardoroso pastor de jóvenes, Darren Clark. Clark era un antiguo Baptista del Sur (una circunscripción básicamente presbiteriana de Texas) divorciado, que tenía una sorprendente habilidad para ilustrar las historias de la Biblia con una lírica de los Beatles y Simón y Garfunkel. Nunca estaba seguro de si sus lecciones venían más de los Beatles o de la Biblia, pero eran fáciles de recordar.

Siempre estaba manifestándose contra las armas nucleares, la guerra y la indiferencia de los cristianos frente a la pobreza. No era una prioridad si Jesús murió por nuestros pecados. En cualquier caso, tiene que haber despotricado contra los males de la riqueza, porque recuerdo los versículos bíblicos acerca de estos temas mejor que cualesquiera otros: «No se puede servir a Dios y a las riquezas». «Es más fácil para un camello entrar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el reino de los cielos». «No acumuléis tesoros en la tierra, donde el moho y el óxido los destruyen y los ladrones los desentierren y los roban, sino acumuladlos en el cielo, donde ni el moho ni el óxido los destruyen ni hay ladrones que los desentierren y los roben, ya que donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón». «El amor por el dinero es la raíz de todos los males».

Nuevos pensamientos entraron en mi mente: ¿está bien que algunos sean tan ricos mientras los demás siguen siendo pobres?, ¿está bien que haya multitudes que tengan que traba-

jar en condiciones inseguras, para ganar de esta forma salarios escuetos, mientras que sus jefes engordan y viven satisfechos?, ¿no sería mejor si todos tuviesen lo que quisieran, o al menos tanto como necesitasen?, ¿no deberíamos hacer lo que haga falta para librarnos de estas injusticias? Estas cuestiones me preocupaban. No estaba seguro de lo que se suponía que teníamos que hacer en relación con la pobreza o las bombas nucleares, aparte de sentirnos mal por ellas, pero, en todo caso, para un adolescente en una ciudad conservadora de Texas esto era una cuestión excitante. Clark me ofrecía algo inusual: una oportunidad para rebelarme contra la autoridad sintiendo, al mismo tiempo, que tenía razón.

Mutis por el foro

Lo sembrado en los dos niveles de secundaria lo coseché en la universidad. Asistí a una pequeña facultad de humanidades al norte de Austin, la Southwestern University. Esta universidad tenía una tenue ligazón con la Iglesia Metodista, pero lo que quedaba de cristianismo hacía tiempo que se había convertido en Liberalismo Protestante: piénsese en la página editorial del *New York Times* salpicada de versículos bíblicos. Para un novato acostumbrado a George Strait* y filetes de pollo frito, el ambiente parecía inteligente y sofisticado.

Ya había decidido estudiar ciencias políticas, de forma que me dirigí inmediatamente a la «Introducción a la Política Americana», enseñada por un profesor de voz suave, Suk Kim, que había inmigrado a Estados Unidos desde Corea. En una de sus primeras lecciones, Kim pidió a la clase que

* [N. del T.]: Cantante norteamericano de música *country*.

enumerase los trabajos más desagradables que pudiese imaginarse. Alguien dijo basurero, otro dijo pocero, a continuación alguien que hiciese trabajos pesados en climas extremos, y así sucesivamente. Luego preguntó por los trabajos más agradables, estando todos de acuerdo en que eran estrellas de cine, deportistas profesionales y músicos, consejeros de grandes empresas, presidentes de bancos, y así sucesivamente. Luego Kim nos pidió que clasificásemos la escala salarial de las diversas profesiones. Con pocas excepciones, los trabajos que se habían considerado más desagradables eran también los que tenían la paga más baja. Kim hizo la pregunta impactante de si alguien pensaba que eso era justo. Nadie levantó la mano, ni siquiera yo. La lección era obvia.

Las lecciones del profesor Kim se veían reforzadas por las lecturas que nos indicaba. Exigía un libro de texto estándar que describía el parlamento bicameral, la separación de poderes en sus ramas judicial, legislativa y ejecutiva, y todas las demás cosas que ya había estudiado en las ciencias sociales del instituto. Pero también había otros dos libros memorables. El primero era una obra corta de Carlos Marx y Federico Engels, *El manifiesto comunista*. Escrito en 1848, describe la Historia como una serie de luchas entre opresores y oprimidos, marcada cada una por un levantamiento social en el que un sistema da lugar a otro. De acuerdo con el *Manifiesto*, el estado original del hombre era un comunismo primitivo sin propiedad privada. La esclavitud en masa de Egipto y otras antiguas culturas representaba la caída de este estado primigenio de inocencia. El sistema de la esclavitud dio, finalmente, paso al feudalismo, en el que los pobres siervos se ocupaban de grandes extensiones de terreno poseídas por los nobles. Y el feudalismo acabó dando lugar al capitalismo, con sus centros urbanos industriales altamente productivos.

En las modernas sociedades capitalistas, argüían Marx y Engels, los propietarios de los negocios –lo que llamaban la burguesía– buscan por encima de todo aumentar sus beneficios, de manera que pagan a los trabajadores lo menos posible, tomando al mismo tiempo como beneficio la «plusvalía» producida por los trabajadores. Con estos beneficios, invierten luego en herramientas y factorías para extraer más del trabajo de menos trabajadores, lo que, de nuevo, crea más plusvalía. Los capitalistas compiten para producir más y más con menos y menos. Los trabajadores cada vez se alienan más de los frutos de su trabajo al extraer los capitalistas más y más de la plusvalía de su trabajo sin darles una justa compensación.

Los capitalistas mayores y mejores derrotan inevitablemente a los más pequeños, con lo que estas grandes empresas pueden producir mucho más con todavía menos trabajadores. De esta forma, los pocos propietarios de empresas que quedan se hacen inevitablemente cada vez más grandes y ricos, mientras que una masa creciente de trabajadores se hace cada vez más pobre. Así, el capitalismo siembra las semillas de su propia destrucción, creando una gran población oprimida que terminará revolviéndose contra sus opresores. Los trabajadores, predijeron Marx y Engels, nos llevarían a la «Dictadura del proletariado», en la que el pueblo –es decir, el Estado– poseería toda la industria. Pero no deben preocuparse los que temen un gobierno grande, ya que esto sería simplemente una estación temporal de tránsito socialista en el camino al comunismo completo, en el que el Estado se desvanecería en una hermandad de los hombres y la leche y la miel fluirían a través de calles de oro reluciente, o algo parecido.

Aunque Marx y Engels sostenían que tal revolución es inevitable, escribieron *El manifiesto comunista* para echar una mano a lo inevitable. Y concluían con una llamada a las armas:

Los comunistas se niegan a esconder sus puntos de vista y objetivos, declarando abiertamente que solo se pueden conseguir sus fines derribando por la fuerza todas las condiciones sociales existentes. Que tiemblen las clases dirigentes a la vista de una revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder más que sus cadenas. Y tienen un mundo que ganar. ¡Proletarios de todos los países, uníos!

Esto iba perfectamente con el otro texto requerido, *Democracia para unos pocos*, del socialista americano Michael Parenti. Con el libro de Parenti, el profesor Kim hacía a los estudiantes una oferta ventajosa: léanlo cinco veces y obtendrán una «A» en el curso¹. Para mí era una tarea fácil, porque el libro estaba repleto de hechos que no podía refutar y una furia moral que no podía resistir. En casi cada página, Parenti daba pruebas contundentes de las perversas desigualdades de la vida americana:

El 10% superior de los hogares americanos es propietario del 98% de los bonos locales y estatales exentos de impuestos, del 94% de los activos empresariales y del 95% del valor de todos los fondos. El 1% más rico es propietario del 60% de todo el capital y todos los activos empresariales. Ciertamente que un 40% de las familias es propietaria de algunas acciones o bonos, pero casi todas ellas tienen unos paquetes totales de menos de 2.000 dólares. Teniendo en cuenta sus deudas e hipotecas, el 90% de las familias americanas tienen pocos o ningún activo.

Al final del semestre había subrayado prácticamente todas las líneas del libro. La tesis de Parenti parecía innegable: tal

y como lo habían predicho Marx y Engels hacía 150 años, el capitalismo americano había dado lugar a grandes desigualdades entre los ricos y los pobres. Una rica oligarquía controlaba cada vez más de la riqueza y dejaba a la amplia mayoría de los americanos con muy poco. La única forma de equilibrar la balanza era que la riqueza nacional fuese propiedad del y estuviese controlada por el pueblo como un todo.

Mis cinco viajes a lo largo del libro de Parenti desataron mi fervor y me hicieron recibir una «A» en la asignatura. Tenía una referencia para interpretar casi todo. De repente, el materialismo y la codicia de la vida americana comenzó a aparecérseme por todas partes. Me di cuenta de todos los BMW y SAAB que había en el campus y quedé sorprendido de cuántos chicos de mi residencia tenían el mismo poster del gato Garfield. En él, Garfield estaba cubierto de joyas y se apoyaba en un Ferrari con un pequeño proverbio al fondo: «El que muere con la mayor parte de los juguetes, gana», lo que lo resumía todo. Eso era el capitalismo. Podía imaginarme lo que haría Jesús si apareciese alguna vez: tomaría el látigo que usó contra los cambistas de moneda y lo emplearía a fondo. Nadie se preocupaba más por los pobres que Él. Y la Biblia habla una y otra vez de un tiempo en el que los ricos y altivos serían humillados y los pobres ensalzados:

Los que estaban saciados se alquilaban por pan,
y dejaban de tener hambre los que estaban hambrientos...
Él levanta del polvo al pobre
y del muladar exalta al menesteroso (1 Sam. 2:5, 8)

Seguía teniendo un problema con el ateísmo de Marx, pero me imaginaba que eso no era esencial para el marxismo. Quiero decir, que el resto del planteamiento comunista parecía encajar bien con la primitiva iglesia de los Hechos de los Apóstoles,

donde «los creyentes estaban juntos y lo tenían todo en común. Vendiendo sus posesiones y bienes, daban a cada uno lo que necesitaba» (Hechos 2: 44–45); concluyendo que Marx había acertado a pesar de su ateísmo y no debido a él.

Pero algo curioso ocurrió al pasar a la utopía marxista: una pequeña dificultad llamada realidad, que la realidad es diferente en cada detalle de la práctica de la primitiva iglesia de Jerusalén.

El espacio entre la realidad y la retórica

Era 1985 y la Guerra Fría entre las democracias occidentales y la Unión Soviética comunista estaba en sus fases finales, aunque en aquél momento no lo sabía nadie. Los medios de comunicación mostraban su preocupación por la carrera de armamentística nuclear; películas hechas para la televisión, como *El día después*, pronosticaban el lúgubre destino de la Tierra después de un holocausto nuclear; y todos, excepto Ronald Reagan y Margaret Thatcher, pensaban que la Unión Soviética estaba aquí para quedarse.

Oooh... «¿Puede el control económico... acelerar notablemente el proceso de crecimiento? El notable éxito de la Unión Soviética sugiere que sí que puede.... Hoy en día la Unión Soviética es un país cuyos logros económicos pueden compararse con los de Estados Unidos»

(LESTER THUROW, 1989, economista del MIT)

Había surgido un líder humano en la Unión Soviética, un hombre llamado Mijail Gorbachov, que estaba aplicando políticas que llevarían pronto al colapso del imperio soviético. Mientras que sus predecesores habían preferido diversos grados de secreto, tanto con los ciudadanos soviéticos como

con el mundo exterior, Gorbachov promovía la «gladnost» y la «perestroika». De repente, todos podían ver la historia soviética desde la revolución comunista de 1917 y lo que se veía no tenía nada de bonito.

Evidentemente, antes de esto, no es que los crímenes comunistas fuesen precisamente un secreto bien guardado. En un momento, a mitad del siglo xx, casi la mitad de la raza humana estuvo sujeta a un inmenso experimento marxista, de manera que la mitad de la humanidad conocía la verdad de primera mano, aunque gran parte de la otra mitad eligiese ignorarla. Ya en los años 1970, los resultados estaban a la vista para todo el que quisiese abrir los ojos, pero no fue hasta la era de Gorbachov cuando el régimen soviético comenzó a admitir ante el mundo lo que muchos habían sabido desde el primer momento: sea cual fuere la visión idealista que pudiese haberlo inspirado, la comuna del comunismo era una realidad bastante fea, lo que hacía mucho más difícil que los apologistas de Occidente pudiesen seguir con la farsa.

Marx había predicho que las contradicciones del capitalismo llevarían finalmente a que se rebelasen los trabajadores. Tenía totalmente claro que el crecimiento de la riqueza y la productividad industrial del capitalismo era una fase crucial hacia los estadios futuros de la evolución social. Solo después de que las tensiones del capitalismo llevasen al punto de no retorno, se rebelarían los trabajadores y nos llevarían a un estado socialista, en el que se aboliese la propiedad privada. Pero incluso durante la vida de Marx, sus profecías chocaron con la realidad. Pasó sus últimos años en Inglaterra escribiendo, pero sin llegar a completar su obra maestra, *El Capital*. Y mientras garabateaba su estudio, los sueldos de los trabajadores ingleses crecían en vez de reducirse, pero, aparentemente, Marx no se dio cuenta².

Cuando realmente triunfó una revolución comunista en 1917, fue encabezada por intelectuales en una cultura agraria que tenía poca historia tanto con la democracia como con el capitalismo. Como dice el historiador de Harvard Richard Pipes: «El comunismo... no llegó a Rusia como resultado de un alzamiento popular, sino que le fue impuesto desde arriba por una pequeña minoría que se escondía detrás de eslóganes democráticos»³. Al contrario de las predicciones de Marx, este fue el patrón de las revoluciones comunistas a lo largo del siglo xx.

La revolución rusa de 1917 fue encabezada por un rabioso y fanático intelectual llamado Vladimir Lenin, que llevó a su partido bolchevique («de la mayoría») a la victoria después de una guerra civil de tres años. Antes de la revolución, Rusia había sido regida por un zar. La sociedad rusa estaba dividida entre una pequeña élite aristocrática y una gran población de campesinos rurales, con unos pocos capitalistas. Lenin abolió rápidamente todos los obstáculos legales a su poder absoluto y estableció un sistema de partido único en el que el Partido Bolchevique (pronto rebautizado como Partido Comunista) se estableció en todos los niveles de la sociedad rusa. Comenzó a centralizar los grandes sectores de la economía rusa, desde la industria y el comercio, a la educación y el transporte, lo que requería una policía secreta, una burocracia masiva y la amplia utilización del terror. Los intentos de Lenin de centralizar la economía constituyeron desastres sin paliativos. La dictadura del proletariado se convirtió rápidamente en la dictadura de burócratas recalcitrantes. Para su pesar, Lenin vio que los burócratas de Moscú ni estaban motivados, ni eran competentes, para administrar lejanas fábricas y granjas. Las restricciones al comercio crearon un mercado negro que era mayor que la economía oficial. Para acabar de echarlo a

perder, el régimen lanzó billetes de banco al mercado que, como era de esperar, dieron lugar a una inflación galopante. En 1923, los precios habían crecido un millón de veces por encima de los que regían antes de que comenzase la revolución.

En toda la economía se desplomó la productividad: «la producción industrial global en gran escala en 1920 era el 18% de lo que había sido en 1913... el número de trabajadores industriales empleados en 1921 era menos de la mitad de lo que había sido en 1918; su nivel de vida cayó a un tercio del nivel anterior a la guerra»⁴.

La agricultura fue todavía peor. Lenin intentó obligar a los campesinos a vender su grano por debajo del precio de mercado, incluso cuando ordenó una masacre en gran escala de los campesinos más ricos, los kulaks, lo que llevó a una escasez de alimentos y huelgas en masa, que Lenin castigó con gas venenoso. La situación se hizo tan desesperada que en 1921 Lenin instituyó la Nueva Política Económica (NEP), que permitió a los campesinos vender su grano a precios de mercado después de pagar un impuesto. También redujo algunas de las restricciones al comercio, al mismo tiempo que continuaba manteniendo firme el control de otras partes de la economía. Estas modestas reformas permitieron que remontase la producción de grano, pero era demasiado tarde para evitar una hambruna que trajo la sequía y que mató a 5,2 millones de personas.

«El marxismo no solo ha fracasado en promover la libertad humana, sino también en producir alimentos»

JOHN DOS PASSOS, novelista americano

Lenin no vivió para ver el resultado de todas sus políticas, lo que dejó a su sucesor José Stalin. Bajo Stalin, la Rusia

comunista absorbió rápidamente los países fronterizos, tales como Ucrania, y en 1924 Rusia formó la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Stalin llevó a cabo una serie de «planes quinquenales» para tomar el control de grandes sectores de la economía. Se diezmo el sustento de los trabajadores industriales, mientras millones de campesinos morían de una hambruna impuesta en 1932 y 1933. Junto con varias purgas de funcionarios del Partido Comunista, Stalin orquestó la mayor masacre en gran escala de una población nacional en la historia de la humanidad. En su punto álgido, en 1937 y 1938, hubo *por término medio* mil ejecuciones políticas diarias, sin incluir los incontables millones de personas enviadas a campos de trabajo⁵.

Tal tragedia no fue la excepción, sino la regla, en los otros experimentos comunistas del siglo XX. Esperase Marx lo que esperase, las revoluciones nunca surgieron en sociedades industriales avanzadas en donde hubiese un fuerte imperio de la ley, sino, más bien, en culturas agrarias pobres con oportunidades para los déspotas.

«Las vicisitudes de la Historia... no han disuadido [a los intelectuales de izquierda] de su más sincera búsqueda de una “tercera vía” entre el socialismo y el capitalismo, a saber, el socialismo»

RICHARD JOHN NEUHAUS, sacerdote y escritor católico

La revolución china, dirigida por Mao Zedong en 1948, difiere de la revolución rusa en detalles, pero las líneas generales son las mismas: campos de trabajo y reeducación, matanzas en masa y ruina económica tras los intentos de colectivizar la industria y la agricultura. Donde Stalin tenía sus Planes Quinquenales, Mao tuvo el «Gran Salto Adelante»: «Ense-

ñaremos al sol y a la luna a intercambiarse», rezaba uno de los eslóganes. «Crearemos un nuevo cielo y una nueva tierra para el hombre». Quizá suene bien en mandarín, pero más de 20 millones de chinos murieron en la hambruna que resultó del proyecto de construcción de un cielo en la tierra y otros 20 millones murieron en *laogai*, los campos chinos de trabajo⁶.

China y Rusia ocupan el primer y segundo lugar en muertes totales. Pero en el premio de aplicar la lógica brutal de la igualdad nadie bate al Pol Pot educado en Francia y sus Jemerres Rojos, que gobernaron Camboya de 1975 a 1979. Ningún otro régimen trabajó nunca con tanto ahínco para crear una sociedad igualitaria.

Cuando era un alumno de segundo, me enteré de las brutalidades en Rusia y China, e incluso leí el siniestro relato de primera mano de los campos de trabajo soviéticos de Alexander Solzhenitsyn, *El archipiélago Gulag*, pero nunca había oído hablar de los Jemerres Rojos, aunque estaba estudiando ciencia política (lo poco que había oído de Camboya venía del lingüista americano Noam Chomsky, que durante años negó lo que sucedía en el país y luego, cuando ya se hizo innegable, le echó la culpa a Estados Unidos)⁷.

Sin embargo, en 1986 vi *The Killing Fields*, película basada en la historia del reportero del *New York Times* Sydney Schanberg, (protagonizada por Sam Waterston) y su intérprete camboyano Dith Pran. La película comienza en 1973, con Schanberg y Pran investigando un bombardeo accidental de un pueblo camboyano por un B-52 americano, pero la mayor parte de la película se desarrolla dos años más tarde, cuando los Jemerres Rojos conquistan la capital camboyana, Phnom Penh.

Como los camboyanos corren el riesgo de ser detenidos, Schanberg obtiene unas órdenes de evacuación para Pran, su mujer y sus hijos; pero después de que fuera evacuada su

familia, Pran decide quedarse para ayudar y termina siendo detenido. Entonces es cuando comienza el horror.

Para borrar las desigualdades del orden anterior, el régimen de Pol Pot declara un «Año Cero», rebautiza el país como Campuchea Democrática y suprime el dinero. Dos millones y medio de habitantes de la capital, incluyendo mujeres, niños y los pacientes de los hospitales, reciben la orden de abandonar todo y marchar al campo. En una semana, las principales ciudades de Camboya están vacías: se envía a 4 millones de personas a trabajar en campos de trabajo, y una de ellas es Dith Pran.

Pran languidece durante meses en una granja comunal, al borde de la inanición. El nuevo gobierno comienza rápidamente a ejecutar a todos los que podrían resistirse a sus planes, dirigiéndose especialmente contra las personas cualificadas y bien educadas. Los Jemeres Rojos ya habían entrenado a los verdugos, cogiendo a los que era menos probable que estuvieran contaminados por la antigua forma de vida: los niños. Dith Pran escapa por poco de ser ejecutado por niños y finalmente consigue huir.

Poco después de su huida, tropieza con un húmedo arrozal repleto de miles de esqueletos humanos, ha encontrado uno de los infames «campos de la muerte» de Camboya. Fosas comunes de las víctimas de los Jemeres Rojos.

Varias veces, la película cambia de Pran a Schanberg, que ahora está sano y salvo en Nueva York, y que intenta atribuir los horrores de los Jemeres Rojos a una reacción exagerada a los bombardeos americanos. Pero tales delirios izquierdistas, creíbles solo en Nueva York, no pueden justificar la perversidad de los Jemeres Rojos. En solo 44 meses, el régimen redujo la población camboyana en unos dos millones de personas, más de la cuarta parte del total⁸.

DINERO, CODICIA Y DIOS

Dith Pram fue uno de los pocos que tuvo suerte y terminó escapando a través de la frontera a Tailandia y se reunió con su familia en Estados Unidos.

En la película, después de la huida de Pran, Schanberg va a reunirse con él a un centro de la Cruz Roja cerca de la frontera tailandesa con Camboya. Al abrazarse, suena en una radio al fondo el «Imagine» de John Lennon:

Imagina que no hay paraíso,
Es fácil si lo intentas,
Ningún infierno debajo de nosotros,
Encima de nosotros, solamente cielo,
Imagina a toda la gente
Viviendo al día...
Imagina que no hay países,
No es difícil hacerlo,
Nada por lo que matar o morir,
Ni religiones tampoco,
Imagina a toda la gente
Viviendo la vida en paz
Tú puedes decir que soy un soñador,
Pero no soy el único,
Espero que algún día te nos unas,
Y el mundo vivirá como uno solo.
Imagina que no hay posesiones,
Me pregunto si puedes,
Ninguna necesidad de codicia o hambre,
Una hermandad del hombre,
Imagina a toda la gente
Compartiendo todo el mundo...
Tú puedes decir que soy un soñador,
Pero no soy el único,
Espero que algún día te nos unas,
Y el mundo vivirá como uno solo.

Se pretendía que la escena fuese conmovedora y lo era, pero también era disonante. El himno de Lennon describe una especie de reino de Dios ateo. Se nos pide que imaginemos una futura «hermandad de los hombres» donde «todos» vivan «la vida en paz». ¿Quién no querría eso?, pero lean la letra pequeña. Es un mundo «sin posesiones», donde «todos» compartan «todo el mundo» ¿Eh? ¿Solo me lo parece a mí o es que suena como el sueño de esos visionarios comunistas antirreligiosos de los que Dith Pran se escapó por los pelos? ¿No expresan las palabras de Lennon los mismos espejismos sentimentales que fueron los que inspiraron al principio el comunismo? Este pensamiento me persiguió, aunque pasaron años antes de que estuviese dispuesto a considerar una alternativa real.

«El socialismo en general tiene una trayectoria de fallos tan apabullante que solo un intelectual podría ignorarla o escaparse de ella».

THOMAS SOWELL, profesor de la Universidad de Stanford

En los años 1990, un grupo de estudiosos, encabezados por el académico francés Stéphan Courtois, documentó el número de muertos causados por el comunismo en un tomo llamado *The Black Book of Communism* [*El libro negro del comunismo*]. El problema se encuentra verdaderamente en los pormenores. *The Black Book* estima que entre 85 y 100 millones de seres humanos perdieron sus vidas en los experimentos comunistas del siglo xx⁹. Nunca ha traído una idea tan catastróficas consecuencias. Ilustra una simple y siniestra ecuación: pasión moral extrema menos realidad, igual a muerte en masa.

Tabla 1:
MUERTES POR LOS REGÍMENES COMUNISTAS
EN EL SIGLO XX: UN CÓMPUTO A GRANDES RASGOS

China	65 millones
URSS	20 millones
Corea del Norte	2 millones
Camboya	2 millones
África	1,7 millones
Afganistán	1,5 millones
Vietnam	1 millón
Europa del Este	1 millón
América Latina	150.000
Movimiento Comunista Internacional	unos 10.000 ¹⁰

Fuente: The Black Book of Communism (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1999), 4.

¿Era comunista la iglesia primitiva?

Como movimiento a escala mundial, el comunismo está muerto, incluso aunque resista en lugares como Corea del Norte, La Habana y Harvard. ¡Ohhh!, hay un Partido Comunista de EE.UU., pero solo cuenta con 15.000 miembros. Incluso si se los combina con los grupos socialistas menos radicales, a pesar de ello, apenas llegan al 1% de la población, aproximadamente el mismo porcentaje que tienen doctorados (supongo que es una coincidencia). ¿Estoy, por ello, dando lanzadas a moro muerto?

Pocos cristianos, incluyendo los críticos cristianos del capitalismo, apoyarían ahora el comunismo. ¿Pero qué pasa con

la iglesia primitiva? ¿No era comunista? Aquí tenemos cómo describe el libro de los Hechos de los Apóstoles a la primera iglesia de Jerusalén, que se formó después de que el Espíritu Santo descendiese sobre los primeros cristianos en Pentecostés:

Ahora todo el grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo lo tenían en común... No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de las ventas y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad (Hechos, 4: 32-35).

Muchos de los que han leído este pasaje se han preguntado si el ideal cristiano no es el comunismo. Después de todo, esto era la primera iglesia de Jerusalén. Todos estaban «llenos del Espíritu Santo y pronunciaban la palabra de Dios con valor» (Hechos 4:31). Si no acertaron, ¿quién sí no?

En apariencia, esto parece comunismo, pero no lo es. En primer lugar, a diferencia del moderno comunismo, aquí no se habla de lucha de clases, ni se insinúa que la propiedad privada sea inmoral. Estos cristianos vendían sus posesiones y *las compartían* libre y espontáneamente. En segundo lugar, no se ve por ninguna parte el Estado, ni ningún gobierno confisca la propiedad ni colectiviza la industria. No se coacciona a nadie. La iglesia de Jerusalén era simplemente eso, la iglesia, no el Estado. La iglesia no actúa como el moderno Estado comunista. En los Hechos no se confisca nada a nadie. Como señala Ron Sider: «compartir era voluntario y no obligatorio»¹⁰. En tercer lugar, cuando, más tarde, Pedro condena a Ananías y Safira por quedarse con parte del dinero que habían obtenido de vender sus tierras, no les condena por conservar parte del importe de la venta, sino por mentir acerca de ello:

DINERO, CODICIA Y DIOS

Ananías... ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieras al Espíritu Santo y sustrajeras parte del producto de la venta de la heredad? Reteniéndola, ¿no te quedaba a ti?, y vendida, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? ¡No has mentido a los hombres, sino a Dios! (Hechos 5: 3-4).

Pedro encuentra natural que la propiedad fuese suya, incluso después de vendida.

En cuarto lugar, la vida en común de la primitiva iglesia de Jerusalén nunca se estableció como norma para todos los cristianos en todo lugar. De hecho, ni siquiera se la describe como la norma de la iglesia de Jerusalén. Lo que describen los Hechos es un momento inusual de la vida de la primitiva iglesia, cuando esta era relativamente pequeña. También, muchos de los nuevos cristianos, probablemente habían venido desde lejos para acudir a rezar en Jerusalén por Pentecostés. Los nuevos cristianos tendrían que haber vuelto a su casa poco después de su conversión, si no hubiese sido por las medidas extremas adoptadas por la recién nacida iglesia para permitirles quedarse y ser instruidos adecuadamente en el discipulado.

Comparada con los estados-nación modernos, la iglesia de Jerusalén era una pequeña comunidad unida frente a una cultura por otra parte hostil. Las circunstancias eran peculiares. Por todo lo que sabemos, este estadio comunitario duró seis meses antes de que la iglesia se hiciese demasiado grande. En otro lugar, Pablo dijo a los cristianos de Salónica que «ganasen su propio sustento» y les advirtió severamente que «el que no trabaje que no coma» (2. Tes. 3: 10-12). De forma que no es de sorprender que la primera vida comunal de Jerusalén no fuese nunca presentada como modelo de cómo debería ordenar su vida toda la Iglesia y mucho menos utilizada para que el Estado confiscase la propiedad privada.

Ha habido muchas comunidades cristianas a lo largo de la Historia que han tratado de llevar una vida comunitaria, y muchos monasterios y órdenes religiosas son hoy en día más o menos comunales. Las que sobreviven son pequeñas y voluntarias y las otras se desintegran¹¹.

Los peregrinos comunistas

De hecho, incluso los experimentos comunistas voluntarios suelen fracasar. Los niños americanos conocen la historia de William Bradford en Acción de Gracias. Bradford fue el arquitecto del Pacto del Mayflower y el dirigente de una banda de separatistas que fundó la colonia de Plymouth, en Massachusetts, en 1620. La mayor parte de los niños estudian que la colonia perdió la mitad de su población durante el primer y duro invierno, pero pocos conocen el breve y trágico experimento de la colonia con un tipo de comunismo.

Debido a un trato realizado con los inversores que financiaron la expedición, los peregrinos mantenían sus tierras de cultivo en común y no en parcelas individuales. Los alimentos, el trabajo y las provisiones se dividían luego en partes iguales entre los colonos. Suena bien, pero en poco tiempo surgieron conflictos entre ellos. En su diario, Bradford informa de lo que predicen los economistas y el sentido común. En grandes grupos, tal arreglo lleva a incentivos perversos, en el que los miembros más perezosos se aprovechan de los que trabajan más y se convierten en «gorrones» del sistema. Los otros miembros cada vez se frustran más y se hacen cada vez menos productivos. Esto es exactamente lo que sucedió en los primeros años de la colonia de Plymouth.

Para resolver el problema, Bradford pronto decidió dividir las parcelas entre las familias individuales. De repente, la gente

tenía fuertes incentivos para producir, cosa que hicieron. A lo largo de los años, se privatizó cada vez más tierra y la colonia acabó convirtiéndose en una parte próspera de la Commonwealth de Massachusetts¹². Si Bradford no hubiese tenido los redaños de dividir la comuna en parcelas privadas, nuestros escolares no harían pequeñas rodajas de pavo y *Mayflowers* cada noviembre, ya que, probablemente, hubiesen quedado pocos supervivientes, si es que hubiese quedado alguno.

Del dicho al hecho

Recientemente estuve en Los Ángeles y se dio la coincidencia de que vi a una adolescente con una camiseta del Che Guevara a la última, con colores revolucionarios: rojo y negro. Estábamos haciendo cola para un café con leche, de forma que le pregunté si sabía quién era Che Guevara. Me lo describió con pocos detalles, pero sabía que era un defensor de los débiles y desvalidos, balbuceó algo acerca de que se había enfrentado al *establishment* y defendido a los pobres, en cualquier caso tenía un aspecto *cool* con su boina y su atractivo aspecto.

He visto un montón de estas camisetas, usualmente en adolescentes que nacieron después del colapso de la Unión Soviética, y muchos, probablemente, piensan lo mismo que esta joven californiana. Todos ellos tienen que documentarse sobre el tema. Guevara fue un comunista revolucionario argentino que entrenó Fidel Castro y que supervisó los primeros piquetes de ejecución y creó los campos de trabajo en la Cuba comunista. Fue ejecutado en Bolivia en 1967 después de tratar de derribar el gobierno con tácticas terroristas. Era una bestia sanguinaria¹³. ¿En qué consistía su atractivo? El atractivo es este:

Los comunistas, como Che Guevara, tenían la retórica correcta. Conocían el valor de las buenas relaciones públicas, tenían un buen discurso, denunciando la desigualdad y defendiendo a los pobres. A pesar del feo resultado de sus experimentos, siguen aprobándolos los que simpatizan con los ideales que estos hombres exponían al mundo en su conjunto.

Cuando colapsó la Unión Soviética, el corresponsal en Moscú de un periódico occidental, se dirigió melancólicamente a los rusos: «gracias por haberlo intentado»¹⁴. Tendemos a admirar a alguien que lo intenta y falla miserablemente por encima de alguien que no hace nada en absoluto. A esto se debe el que cualquier persona sensible que quiera *hacer* algo, cualquier cosa, para luchar contra la injusticia, pueda ser arrastrada a la retórica revolucionaria. No está en absoluto mal. En el libro del Apocalipsis, Jesús le dice a la iglesia de Laodicea, que se enorgullecía de su riqueza: «conozco vuestros hechos, que no sois calientes ni fríos, quisiera que fueseis lo uno o lo otro! Por eso, como sois tibios, ni fríos ni calientes, me dais tanto asco que os vomitaré» (*Ap* 3: 15–16).

Palabras fuertes. A Dios no le gusta la apatía, ni tampoco a los cristianos serios. A eso se debe que la retórica revolucionaria pueda ser tentadora, ya que los revolucionarios son cualquier cosa menos apáticos. Su retórica rebosa de pasión y puede apoderarse de la mente, y durante un tiempo se apoderó de la mía. A pesar de las brutalidades comunistas, seguía queriendo construir una sociedad justa, lo que para mí significaba igualdad. Me seguían gustando los objetivos, si bien no los resultados reales.

¿Quién no se conmueve por la carta de Martín Luther King Jr. desde una prisión de Birmingham, en la que señala que se puede ser un termómetro y registrar lo que ocurre o un termostato y corregir el mal? Está claro que deberíamos ser termostatos. Santiago nos dice que la fe sin obras es fe muerta.

Nuestra fe «se completa» por nuestras obras (Santiago: 17, 22). Habría que recordar a algunos el famoso dicho de Marx: «los filósofos solo han interpretado el mundo de varias formas, pero de lo que se trata es de cambiarlo».

Esto es una gran cita para poner en la pared del dormitorio, pero ¿qué significa cambiar el mundo? Algunas cosas pueden cambiarse, como el papel de pared de su baño; otras cosas no se pueden cambiar, como la gravedad, y algunas no se deberían cambiar, como el amor de una madre por sus hijos. Antes de intentar experimentar con la mitad de la humanidad¹⁵, podría haber sido una buena idea que los comunistas se hiciesen unas pocas preguntas tales como: ¿qué es en realidad el hombre?, ¿qué tiene derecho a cambiar el Estado?, ¿el qué puede cambiar?, ¿qué está más allá de su control? Y deberían haberse asegurado de que los cambios que hacían eran a mejor y no a peor.

En lugar de ello, los comunistas trataron de crear una sociedad en la que todos fueran iguales, de establecer un «cielo en la tierra», alcanzar el nirvana tal como se lo imaginaban. Siguieron adelante sin hacerse preguntas clave acerca de la realidad. Algunos, tales como Mao, parecieron negar que existiese una realidad fuera de nuestras mentes, a la que tuviésemos que adaptarnos, prefiriendo, en su lugar, intentar crear su propia realidad por el puro poder de la mente y la voluntad¹⁶. Otros, como Lenin, ajustaron el sistema de Marx porque descubrieron para su pesar que no se ajustaba a la realidad. La historia del comunismo en el pasado siglo es el ejemplo más sobresaliente de lo que sucede cuando se manipula la realidad: pierdes y pierden los sujetos de tu experimento.

«El socialismo solo funciona en el cielo, donde no lo necesitan, y en el infierno, donde ya lo tienen».

Atribuido a RONALD REAGAN

El comunismo fracasó porque trató a los seres humanos y a la sociedad humana como arcilla húmeda. «Es en una página en blanco», escribió Mao, «donde se escriben los poemas más bellos»¹⁷. En lugar de comenzar con lo que es el hombre en la realidad, los comunistas trataron de crear su hombre ideal en una sociedad ideal, lo que para ellos significaba una sociedad en la que reinase la perfecta igualdad. Para tener alguna posibilidad de éxito, tenían que abolir la propiedad privada, porque la propiedad es el signo más obvio de la desigualdad. Esto no significa que nadie controlase la propiedad, sino que el Estado tuviese que confiscar y controlar cualquier propiedad que se encontrase en manos privadas. De esta forma, el Estado tenía que coaccionar y matar, ya que la mayor parte de la gente no entrega voluntariamente su propiedad a los agresores. Los comunistas trataron de llevar el cielo a la tierra, y lo que llevaron, en su lugar, fue el infierno.

Marx habló ingenuamente de «cambiar el mundo». Hay mucha más sabiduría en la «oración de la serenidad» de Reinhold Niebuhr, que repiten millones de alcohólicos a lo largo de los años:

Señor, dame la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el valor para cambiar las que puedo y la sabiduría para distinguir unas de otras.

Ya pero todavía no

Los cristianos creen que el mundo no solo puede cambiar, sino que cambiará para mejor cuando Cristo venga de forma total a su reino. ¿Pero cuándo será y para qué nos sirve aquí y ahora? La Biblia describe el presente como un periodo intermedio. Dios creó el mundo bueno, pero hemos caído

y las cosas no son como se suponía que tendrían que ser. Cada uno de nosotros lleva los efectos del pecado y nadie es inmune a estos efectos. «Si solo hubiese mala gente en algún sitio cometiendo insidiosamente actos malos», dijo Alexander Solzhenitsyn, «y solo fuese necesario separarlos del resto de nosotros y destruirlos, pero la línea que divide el bien y el mal pasa a través del corazón de todos los seres humanos». Nadie es capaz de ser un dictador benevolente, ya que, como dijo Lord Acton, «el poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente».

Incluso la creación en sentido amplio lleva consigo los efectos del pecado. «La creación estaba sujeta a la futilidad...», dijo Pablo a la iglesia de Roma, «en la esperanza de que la creación misma deje de estar sujeta a su deterioro y obtenga la libertad de la gloria de los hijos de Dios» (Rom. 8: 20-21)

Esto son las malas noticias. Las buenas noticias es que Dios establecerá un reino de paz y justicia –un nuevo cielo y una nueva tierra– en el que el mal y la muerte serán vencidos para siempre. De forma que por muy lúgubre que sea nuestra condición presente, el cristiano tiene esperanza.

Al mismo tiempo, Dios no reserva todas las promesas de su reino para el futuro, ya que ha establecido su Iglesia; después de todo, Jesús dijo que el reino de Dios es como la levadura, que actúa a través de toda la masa. No deberíamos buscar el cielo en la tierra, sino esperar la sal y la luz y la levadura y como cristianos deberíamos sentirnos como parte del proceso de fermentación.

Para captar el mensaje bíblico del reino de Dios tenemos que evitar dos extremos falsos aunque tentadores. La primera tentación es poner el reino de Dios en cuarentena en un distante futuro sobre las nubes, en el «cielo», lejos de la sangre, sudor y lágrimas del presente. Según este punto de

vista, deberíamos esperar, no solo que el mundo fuese corrompido, sino también no susceptible de reparación y que no hay nada que podamos hacer con él. El mundo está yendo por un camino equivocado. No se preocupe de sacarle brillo al bronce en un barco que se hunde. Lo mejor que podemos esperar es salvarnos al final, quizá arrebatados antes que las cosas estén mal del todo y puede ser que podamos hacernos acompañar por unos pocos conversos. De acuerdo con ello, la fe cristiana es, en el peor de los casos, una cuestión entre mí y Jesús, una cuestión acerca de salvar mi alma y poco más, y en el mejor, se trata de un mensaje evangélico que puede salvar las almas pero tiene poco poder para transformar en algo bueno el mundo en su conjunto. Según este modelo, el Reino de Dios tiene poco que ver con los problemas de la pobreza, injusticia, y las luchas físicas que marcan nuestras vidas terrenas.

No es así como la Biblia describe el Reino de Dios. En el Nuevo Testamento, se describe el Reino de Dios como algo que, de alguna forma, tiene que ver con la realidad presente. Al predicar el arrepentimiento antes de que Jesús comenzara su ministerio, Juan el Bautista dijo: «arrepentíos, el Reino de Dios está cerca» (Mateo 3: 2). Jesús dijo a sus discípulos que dijese a los demás: «el Reino de Dios está cerca» (Mateo 10: 7). El pueblo judío esperaba que apareciese su Mesías (su «ungido») y los librara de sus opresores, en este caso, de los romanos y sus colaboradores. No se trataba de algún reino espiritual etéreo, sino de un reino terreno de justicia y paz en el que Israel volvería a ser una gran nación. Jesús vino a cumplir las profecías del Antiguo Testamento y no a frustrarlas, pero no hizo lo que esperaban los judíos de su tiempo.

A diferencia de un reino convencional, su reino, dijo Jesús, «no es de este mundo» (Juan 18:36). Jesús dijo a Nicodemo:

«en verdad te digo que el que no naciere de nuevo no puede ver el Reino de Dios» (Juan 3:3). Cuando le preguntaron los fariseos cuándo llegaría el Reino de Dios, les dijo que «el Reino de Dios está entre vosotros» (Lucas 17: 21). Al menos en el presente, el Reino de Dios es algo que tenemos que recibir como un niño pequeño o no recibiremos en absoluto (Marcos 10:15).

Pero justamente después de haber dicho Jesús a los fariseos que el Reino de Dios ya estaba presente, se volvió y dijo a sus discípulos que vendría repentinamente en poder y juicio, cuando nadie lo esperase (Lucas 17: 21 ss). El Nuevo Testamento describe un cataclismo en el futuro en el que el Reino de Dios vendrá en poder para que todos lo vean¹⁸. Dios destruirá todo lo que se oponga a su Reino (1 Cor. 15: 24-27). Habrá un nuevo cielo y una nueva tierra, una Nueva Jerusalén, en la que Dios renovará todas las cosas, enjugará todas las lágrimas y derrotará a la muerte (Ap. 21: 1-5).

Esto está claro que es en el futuro, ya que, en contra de lo que esperaban todos, Jesús no asumió el poder en Jerusalén como rey, sino que se humilló y permitió que lo crucificasen. Su resurrección de entre los muertos es el primer fruto de la resurrección general del reino que tiene que venir, en el que todos se arrodillarán e inclinarán y todas las lenguas confesarán que Él es el Señor (1 Cor. 15:23; Fil. 2: 9-11).

Esto no contradice la descripción del Reino de Dios del Antiguo Testamento. Los profetas del Antiguo Testamento también hablaron de un reino mesiánico al final de los tiempos. Isaías profetizó:

El lobo vivirá con el cordero,
el leopardo se echará con el cabrito,
y juntos andarán el ternero y el cachorro de león;
y un niño pequeño los guiará. (Isa. 11:6)

De forma que Cristo consumará su Reino en poder al final, incluso aunque ya haya venido como una semilla que germina rápidamente debajo de la tierra antes de que brote (Marcos 4: 26–29), y como la levadura, que al mezclársela con la harina la hace subir lentamente (Mateo 13:33). El Reino irrumpió en el presente como Dios irrumpió en la Historia en Jesús. Deberíamos esperar los signos del Reino de Dios incluso en nuestro tiempo, cuando la muerte y el pecado siguen muy presentes entre nosotros. Allí donde los creyentes obedecen los mandamientos de Dios en el mundo, debería haber algún destello de Su reino. *Esto incluye nuestra vida económica y política.* No estamos llamados a estar sentados cruzados de brazos y esperar a que vuelva el Señor. Recordemos la afirmación de Kuyper: «no hay una pulgada cuadrada en todo el terreno de nuestra existencia humana acerca de la que Cristo, que es el Soberano de todo, no grite: “¡Mía!”». Deberíamos ocuparnos de los asuntos de Su Reino aquí y ahora.

Sin embargo, esto no significa que *nosotros* vayamos a establecer el Reino de Dios en su plenitud por medio de nuestras buenas obras. Dios es responsable de establecer Su Reino y no nosotros. Dios vino primero en humildad en Jesús y vendrá de nuevo en poder y gloria, pero esto todavía no ha ocurrido y nosotros no podemos desencadenarlo. Si lo intentamos, no solo fracasaremos, sino que haremos más daño que bien.

El gran experimento comunista es un intento secularizado de establecer el Reino de Dios en la tierra. La historia de Marx tiene los principales elementos de la historia cristiana: paraíso primigenio, caída, redención, paraíso eterno. Simplemente se le ha despojado de las referencias a Dios, el pecado, Jesús y el más allá. Sin embargo, si los cristianos no pueden dar lugar al Reino de Dios en la tierra, no es de sorprender que su sucedáneo secular estuviese también condenado al fracaso.

Crear otra cosa es creer en el Mito del Nirvana¹⁹. Esta es la segunda tentación. El Mito del Nirvana no es simplemente la creencia en que el bien triunfará al final, o la creencia de que el Reino de Dios ya está presente en la Historia. Es el espejismo de que podemos construir la utopía si lo intentamos con la suficiente intensidad, y que cualquier sociedad real es intolerablemente mala porque no se puede comparar con la utopía.

**MITO N.º 1: EL MITO DEL NIRVANA (COMPARAR EL CAPITALISMO
CON UN IDEAL IRREALIZABLE EN LUGAR DE HACERLO
CON SUS ALTERNATIVAS REALES)**

Hemos aprendido en el siglo XX que actuar dentro de este mito puede ser desastroso. Nunca ha habido un mayor abismo entre los ideales y los resultados que en el comunismo. De hecho, no se habría descarriado tanta gente si el comunismo hubiese anunciado objetivos más a ras de tierra. No, las brutalidades comunistas necesitaban la tapadera de alguna gran visión moral. El comunismo apelaba, incluso aunque lo invirtiera, al impulso moral del hombre. Este es el peor resultado del Mito del Nirvana.

Pero el mito puede tener efectos sutiles incluso si rechazamos los esquemas utópicos. Para evitar sus peligros, tenemos que resistir la tentación de comparar nuestras opciones reales con un ideal que nunca podamos realizar. Cuando nos preguntamos si podemos construir una sociedad justa, tenemos que mantener la cuestión anclada a un terreno sólido: precisamente ¿comparada con qué? No hace bien a nadie derribar una sociedad que es «injusta» comparada con el Reino de Dios, si esa sociedad es *más* justa que cualquier otra de las que la reemplazarán.

Comparada con el Nirvana, ninguna sociedad tiene buen aspecto. Comparadas con la utopía, la Rusia de Stalin y América, como mucho, obtendrán malas calificaciones. Las diferencias entre ellas pueden parecer triviales comparadas con la utopía. Esto es uno de los graves peligros del pensamiento utópico: nos ciega en cuanto a las importantes diferencias entre las varias formas de ordenar la sociedad. El Mito del Nirvana nos deslumbra, hasta el punto de que todas las alternativas reales aparecen como apagados y apenas distinguibles tonos de gris. El libre cambio de sueldos por trabajo en el mercado empieza a aparecer como esclavitud. La dura competencia por las cuotas de mercado entre las empresas se confunde con el robo y la supervivencia del más apto. La banca se confunde con la usura y explotación. Esto no debería sorprendernos. Evidentemente, una sociedad capitalista moderna como Estados Unidos parece terrible si se la compara con el Reino de Dios, pero estos son razonamientos morales equivocados. La cuestión no es si se puede comparar el capitalismo con el Reino de Dios, sino si hay una alternativa mejor en esta vida.

«Los que condenan la inmoralidad del capitalismo liberal lo hacen en comparación con una sociedad de santos que nunca ha existido y nunca existirá».

MARTIN WOLF, *Why Globalization Works*

Si vamos a comparar el capitalismo moderno con un extremo, deberíamos compararlo con un extremo *real*, como el comunismo en Camboya, China o la Unión Soviética. A diferencia del Nirvana, está totalmente en nuestro poder llevar a cabo estos experimentos, que revelan todos ellos el terrible coste de crear una sociedad en la que todos sean económicamente iguales.

Si insistimos en comparar las opciones reales con opciones reales, el capitalismo moderno podría apenas ser más diferente, más justo o más deseable que este resultado, lo que no significa que debamos dormirnos en los laureles, sino que tenemos que estar centrados en la realidad y no en ideales románticos.

De forma que, ¿cómo deberíamos contestar a la pregunta con la que ha empezado este capítulo: no podemos edificar una sociedad justa? La respuesta es que debemos hacer todo lo que podamos para crear una sociedad *más* justa y un mundo más justo y que la peor forma de hacerlo es tratar de crear una utopía igualitaria.